

Las alianzas abiertas de América Latina

Open alliances of Latin Americas

Por Jorge Argüello*

Fecha de Recepción: 01 de junio de 2018.

Fecha de Aceptación: 03 de agosto de 2018.

RESUMEN

La globalización definitiva del capitalismo, con nuevos actores emergentes y roles geopolíticos, debilitó la autocomprensión de América Latina como parte de la antigua periferia. Ahora afronta los mismos desafíos más otros nuevos. La crisis del tradicional multilateralismo nacido en la posguerra generó ámbitos como el G20, una mesa de intereses en la que Latinoamérica participa y expresa la complejidad de un mundo con múltiples relaciones centro-periferia. Así, la dinámica transición mundial le abre también a la región la oportunidad de reencontrarse con estrategias regionales propias y de tejer nuevas coaliciones de interés a nivel global. Si acierta, América Latina puede saltar desde su actual subdesarrollo directamente al siglo XXI, sin forzar la búsqueda del noble ideal de integración que tanto la obsesionó.

Palabras clave: *América Latina, Multilateralismo, Integración.*

ABSTRACT

The definitive globalization of capitalism, with new emerging actors and geopolitical roles, has

weakened the self-understanding of Latin America as part of the old periphery. Now, it faces the same challenges plus new ones. The crisis of the traditional multilateralism born in the post-war period gave rise to new spaces for debate, where an ample array of interests is on the table, such as the G20. In this new global structure, Latin America plays an active role, expressing the complexity of a world with multiple center-periphery relations. Thus, this dynamic global transition opens the region to the opportunity to rebuild its own regional strategies and to weave new global coalitions of interest. If successful, Latin America can jump from its current underdevelopment directly into the 21st century, without forcing the search for the noble ideal of integration that once obsessed her.

Keywords: *Latin America, Multilateralism, Integration.*

Introducción

La división geopolítica que desde mediados de los '60 confrontó al Norte (el centro) con el Sur (la periferia), y que tuvo en la Coopera-

* Abogado por la Universidad de Buenos Aires. Master en Administración y Políticas Públicas por la Universidad de San Andrés. Ha sido concejal, convencional constituyente y legislador de la ciudad de Buenos Aires. Dos veces diputado de la Nación. Embajador de la Argentina ante las Naciones Unidas, los Estados Unidos y Portugal. Actualmente, preside la Fundación Embajada Abierta. Correo electrónico: ea@embajadaabierta.org

ción Sur-Sur una alternativa superadora para las naciones en desarrollo, le permitió también a América Latina tener una comprensión propia del resto del mundo. Después, el arrollador avance del capitalismo globalizado a partir de los '90, con nuevos actores emergentes y distintos roles internacionales aunque todavía instrumentado desde el Norte, eclipsó progresivamente esa lectura y marginó sus conceptos principales del discurso político y diplomático público.

Hoy, cuando la dinámica mundial se acelera a niveles desconocidos y los intereses de las grandes potencias se tornan más difusos, conviene visitar aquella mirada que emergió hace medio siglo desde el Sur porque involucró valores permanentes, como la soberanía de los pueblos, la solidaridad y la búsqueda de un desarrollo más justo e igual del planeta, que se proyectan a su vez en otros que redescubrimos como el cuidado del planeta. El actual es, por cierto, un contexto global radicalmente distinto al de los '60. Para empezar, con la caída del Muro de Berlín, la desintegración de la Unión Soviética y el final de la Guerra Fría, y después de un breve período de casi absoluto predominio occidental, el mundo pasó de ser uno bipolar a otro “multipolar”.

Esta primera parte del siglo XXI que nos toca vivir, plantea un escenario en el que conviven potencias tradicionales con otras “emergentes” y, al mismo tiempo, el eje de poder político y económico se va desplazando hacia el este, con China como un gran imán de ese movimiento. En ese contexto, para ese Sur del que ha formado parte históricamente América Latina, los viejos desafíos persisten y, más aún, se acentuaron y se suman otros nuevos. Así, el sistema multilateral alumbrado en la posguerra se fue transformando y hoy, el modelo de participación democrática universal encarnado por las Naciones Unidas (ONU) convive con foros diplomáticos que lo enriquecen, pero también le disputan protagonismo, en especial

el Grupo de los 20 (G20). También mutó la arquitectura financiera mundial diseñada en los acuerdos de Bretton Woods (1945). Estados Unidos, embarcado en una intempestiva guerra comercial de varios frentes, lucha ahora por mantener la primacía del dólar frente a otras divisas emergentes. También se fue desdibujando el papel de instituciones multilaterales de crédito como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), incluso por la competencia de otras ajenas al Norte. En decir, el orden mundial surgido de la posguerra se ha deshinchado sin terminar de desaparecer del todo y, a falta de otro que lo reemplace en el horizonte próximo, transitamos una transición incierta en la que se entremezclan permanentemente los riesgos y las oportunidades.

Parte del nuevo escenario es la “*diplomacia de cumbres*” o “*diplomacia de líderes*”, coronada justamente con la creación en 2008 del G20 de jefes de Estado y de Gobierno, a demanda del Norte y bienvenido por el Sur. Su objetivo inicial fue recuperar la estabilidad económica global ante una crisis originada en los países centrales que exigía, esta vez, el concurso de los emergentes. El antiguo centro, debilitado, le pedía una mano a una periferia en ascenso y transformación. El proceso del G20 cumplirá —a nivel de cumbre de jefes de Estado y de gobierno— una década cuando realice su próxima cumbre en la Argentina, en noviembre de 2018. Hoy, para explicar el tablero internacional de posiciones e intereses, en lugar de Norte-Sur se usa una dicotomía menos contundente aunque tal vez más versátil, que divide a los actores entre “*rule makers*” (los que imponen las reglas) y “*rule takers*” (los que se limitan a seguirlas). Y aún así, aunque con una mayor carga de *real politik*, esas nuevas formulaciones no dejan de referir en el fondo, con variantes, a construcciones políticas sobre hegemonías y dependencias emparentadas con las de hace medio siglo, cuando pensábamos en términos de países industrializados y en

desarrollo, ricos y pobres, de Norte y Sur, de centro y periferia.

América Latina, como entonces, tiene ahora la oportunidad de volver a pensarse como parte del mundo. En algunos aspectos, la región afronta muchas desventajas, tal vez mayores que antes, en especial por su vieja deuda con procesos de desarrollo que necesitaba mejores respuestas y que debió haber resuelto durante todo este tiempo. Con todo, esta dinámica transición mundial le abre a los latinoamericanos la oportunidad de reencontrarse con estrategias regionales propias y la posibilidad de tejer inteligentes coaliciones de interés a nivel global que la fortalezcan en conjunto. El aislacionismo rampante de los Estados Unidos, con todos los problemas que le está planteando la nueva economía actual, y el decidido avance en la región de la potencia que desafía su hegemonía global, China, son suficientes datos de peso como para recalcularse posiciones, amén de la velocidad de los cambios que la tecnología le está imponiendo a los procesos de producción en todo el mundo.

En ese contexto, la región puede intentar una mejor inserción internacional que le permita saltar desde su actual subdesarrollo directamente al siglo XXI, sin sentirse en la obligación de alcanzar de inmediato el ideal de integración que ha perseguido como su “santo grial”, ni forzarse a realizarlo a través de un solo y único camino, cuando está claro que hay singularidades históricas a considerar.

1. La idea del Sur

El Sur, como concepto, ha sido la reivindicación de una idea de justicia y de solidaridad internacional frente al dominio económico del Norte. Una idea nacida de una realidad geopolítica definida tanto por los intereses en común de las naciones en desarrollo como por las evidentes desventajas que les acarreo el orden internacional surgido en la posguerra bajo la impronta capitalista occidental. Después de superar la Segunda Guerra Mundial

y de plantear una confrontación abierta hacia el este con la Unión Soviética durante la Guerra Fría (1947-1991), el Norte occidental liderado por los Estados Unidos logró instalar su “orden liberal” (*liberal order*) capitalista y consolidarse como el gran centro de poder del planeta cuyas bases había sentado Inglaterra desde la Revolución Industrial. En ese sentido, el Sur geográfico y conceptual era sinónimo de periferia. Ese Sur quedó definido por el contraste con el Norte “industrializado” y “rico” en distintos terrenos: el económico y el militar, pero también el del atesoramiento de una masa crítica de ciencia, conocimientos y tecnología que sigue siendo la clave para todos los procesos de desarrollo.

Formalmente, las demandas del Sur se enfocaron centralmente en las relaciones comerciales, la inversión extranjera directa, la ayuda al desarrollo, los flujos de capital o la integración económica (Fischer, 2018). El Sur como noción floreció en la conferencia de Bandung (1955, Asia y África). Allí despertó una conciencia de fuerte sesgo anticolonialista e igualitario que complejizó la bipolaridad Estados Unidos-Unión Soviética, con el beneplácito de Moscú, y que se institucionalizó con la creación del Movimiento de los Países No Alineados (1961), en Belgrado y con mínima participación latinoamericana (Cuba). La idea creció en el escenario multilateral de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), hasta expresar la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), en 1974, sobre los principios de solidaridad, igualdad, soberanía e integración al desarrollo sin exclusiones, que abrazaron naciones vulnerables del llamado Tercer Mundo, así definido frente a la bipolaridad este-oeste. Más que su ideología, esos países tenían en común sus intereses afectados.

Durante los '70, el contexto global favoreció levemente las expectativas iniciales del Sur de equilibrar el orden global, alimentadas por una coyuntura puntual de mejores precios de

materias primas estratégicas exportadas hacia el centro, en particular el alza de los precios del crudo, que se combinó a su vez con una etapa de cierto agotamiento sistémico de las economías del Norte occidental. En términos históricos, aquella primera inspiración del Sur resultó sin embargo apenas una ráfaga. El Norte, nuevamente con los Estados Unidos a la cabeza, se recompuso con el final de la Guerra Fría (1991), esta vez siguiendo el guión de una concepción bautizada como “neoliberal” y ya sin la sombra de la Unión Soviética, que había sido un aliado al menos táctico para los intereses del Sur.

En el caso específico de América Latina, la prioridad hacia el Sur desde la potencia hegemónica del Norte en la región, los Estados Unidos, se planteó con fuerza en términos tajantes de “seguridad” y un rígido encuadramiento ideológico en el escenario de la Guerra Fría. En realidad, la intervención de Washington durante los ’70 sostuvo dictaduras cívico-militares “anticomunistas” con un doble objetivo. El primero, ciertamente, era erradicar con violencia inaudita cualquier rastro de movimientos políticos populares de “liberación” con simpatías en el Sur. Ello, a su vez, le abrió las puertas a un flujo de excedentes de capital especulativo que aprovechó políticas económicas que acentuaban la dependencia. Impulsadas desde Washington, esas políticas permitían obtener ganancias muy superiores a la de los mercados financieros centrales. Como contrapartida, alfombraron la región de deudas y condicionaron decisivamente a las democracias re instauradas durante la década siguiente.

En los ’80, la “década perdida” para unas economías latinoamericanas lastradas por el peso de la deuda externa, su atraso productivo y sus consecuencias sociales en el desarrollo (pobreza, salud, educación), los gobiernos democráticos ensayaron nuevas relaciones intrarregionales que les sirvieran también de plataforma para conectarse mejor al resto del

mundo, y no sólo con el Norte, todavía por entonces su destino principal de sus exportaciones. La distensión militar entre Brasil y la Argentina (país que además resolvió un antiguo diferendo limítrofe con Chile con mediación del Vaticano y arbitraje de La Haya) dio paso a la intensificación de la relación comercial bilateral y, en 1985, a la creación del MERCOSUR. Al bloque se sumaron como socios menores Paraguay y Uruguay, con un impacto de esta integración en la actividad económica que tardaría en comprobarse, pero dejaría una importante huella en el Cono Sur.

Una década después, en 1999, un primer foro del G20 a nivel de ministros de Finanzas y gobernadores de bancos centrales —a semejanza del Grupo de los 7 (G7) que expresaba los intereses de los países occidentales más ricos— incorporó a las economías sistémica y regionalmente más relevantes del Sur. Por América Latina, se convocó a México, Brasil y la Argentina, que llevaban una década experimentando las recetas del Consenso de Washington con resultados desastrosos. Sin embargo, ese primer G20 no reflejaba tanto el ascenso de algunas naciones emergentes como el temor del Norte a que las crisis financieras que se repetían por la periferia —paradójicamente fogueadas por la propia expansión del neoliberalismo y sus amplias desregulaciones— contagiaran al centro, desde Asia o desde América Latina, incluso desde la Europa ex comunista.

En el caso de América Latina, tras la “década perdida” de los ’80, nuestra región registró las crisis de México (1994), Brasil (1998) y —la peor de todas— la Argentina (2001). La Unión Soviética se desintegraba y sólo quedaba un manual de orden global. Así es que la tensa relación Norte-Sur volvió a mutar en una marcada tendencia a la imposición. El así llamado Consenso de Washington, de reformas económicas estructurales para las Américas apadrinado por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial,

fue una última prueba del fuerte dominio del Norte sobre esta parte del Sur. En línea con el nuevo ideario neoliberal, estableció una serie de pautas de ajuste fiscal, flexibilización laboral, apertura comercial y financiación con los excedentes de capitales del centro. En ese sentido, la primera versión del G20 (1999) fue un ensayo del Norte para repositionarse ante un Sur que se estaba transformando una dinámica global en la que, hasta entonces, tenía muy poca influencia. Es verdad que la convocatoria de este nuevo foro informal aceptaba nuevas realidades, para empezar el ascenso de emergentes como China e India. Sin embargo, esa apertura no cambiaba el supuesto imperante de que los problemas siempre vendrían desde la periferia. La diferencia era que, ahora, parecía conveniente tener a los naciones sistemáticamente más importantes en una misma mesa, bajo algún control.

2. Bonanza y política

Con todo, la vana ilusión, sintetizada por el ideólogo estadounidense Francis Fukuyama, de que la Humanidad había llegado al “Fin de la Historia”, con un futuro indiscutido de democracia de estilo liberal y capitalismo de impronta occidental, duró poco y terminó desmentida por la propia lógica de la globalización. Ello, por una nueva manera de producir, de comerciar y de distribuir sus bienes, sus servicios, su tecnología y sus recursos (incluyendo los humanos) que se demostró compatible con una variedad de regímenes políticos y económicos. El mundo del nuevo siglo había sido propulsado por el Norte a velocidad supersónica, con una confianza ciega y desatando fuerzas inusitadas en la era de la economía y las finanzas digitales. Ese cambio vasto y vertiginoso alcanzó, naturalmente, al Sur y lo sigue condicionando hasta nuestros días. América Latina lo experimentó inicialmente durante los años 2000. En esos años, en reacción a los '90, la región vivió un giro político hacia posiciones progresistas que in-

cluyó la adopción de políticas económicas soberanas, de desendeudamiento externo, distribución de la riqueza y un relanzamiento de la integración regional que, de algún modo, reanimó el viejo espíritu de la relación Sur-Sur. Algunas estadísticas económicas dan cuenta de ello: un aumento de la participación del Sur en el comercio global (del 34% al 47% en las exportaciones y del 29 al 42% en las importaciones, entre 1980 y 2011) y del comercio entre los países del Sur (de 2003 a 2011 el comercio Sur-Sur aumentó a tasas superiores al 20% anual, después lo impactó la crisis y cayó 10% en 2015) (Arbilla & Galperín, 2014).

A diferencia de los '90, los países de América Latina se esforzaron por evitar los peores efectos de la globalización rechazando la costosa protección ofrecida por el antiguo sistema multilateral de crédito encabezado por el FMI. Además, varios gobiernos sacaron provecho de la depreciación de las monedas nacionales y, gracias a la bonanza exportadora que les facilitó el aumento de la demanda mundial en la década, se aseguraron un buen colchón de reservas. Por primera vez, los países emergentes se daban el lujo de ensayar estrategias de crecimiento sin dependencia absoluta del financiamiento externo. A tal punto, que países como Brasil y la Argentina cancelaron sus deudas con el FMI por más de 25 mil millones de dólares con reservas de sus bancos centrales, entre 2005 y 2006. Una nueva forma de sentir el Sur.

La situación global jugó en favor de un posicionamiento político más autónomo de América Latina. Sólo entre 2003 y 2006 el volumen de comercio mundial aumentó 9,3% anual más que duplicando el incremento de la producción mundial (3,8%), un viento a favor que se frenaría poco tiempo después de la crisis de 2008 (Naciones Unidas, 2009). La economía global experimentó durante esa parte de los 2000 la bonanza más espectacular de precios de los productos básicos en más de un siglo, lo que le permitió a las siete economías

más grandes de la región reducir sus pasivos financieros netos con el exterior unos 10 puntos del Producto Interno Bruto (PIB) entre 2003 y 2007 (Ocampo, 2009). Un hito que marcó esa época fue la Cumbre de las Américas de 2005 (Mar del Plata), cuando el entonces presidente estadounidense, George Bush, vio esfumarse su pretensión de sellar un Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) perseguido desde los '90, que le hubiese permitido a los norteamericanos abrir nuevos mercados en la región y, a su vez, cerrarlos a la ola de productos chinos. A partir de ahí, los Estados Unidos inició un momentáneo repliegue táctico que, también en consonancia con la estrategia de otras grandes potencias económicas como la Unión Europea y Japón (China estaba emergiendo en silencio), abrió la búsqueda de acuerdos comerciales bilaterales de menor escala, dentro y fuera de sus áreas de influencia. La globalización comenzaba a generar más de un centro con el que competir, pero también varias periferias relativas a las que prestar atención.

En particular, la Argentina y Brasil, se propusieron cambiar la “matriz comercialista” que había imperado en la consolidación de los bloques latinoamericanos durante los '90. “Esa primera década del siglo XXI trajo la crisis de la gobernabilidad neoliberal y con ella el rediseño de las iniciativas de integración regional provenientes de los años noventa, en la que el mercado y los capitales fueron los sujetos destacados de los principales acuerdos regionales” (Rapoport y Kan, 2017). Una declaración conjunta de los entonces presidentes Néstor Kirchner y Lula Da Silva, el “Consenso de Buenos Aires”, enlazó sin aludir a ellos con los principios de autonomía y desarrollo que habían esperanzado al Sur décadas atrás:

En un contexto mundial signado por la aceleración de un proceso de globalización que ha ampliado el horizonte de las posibilidades humanas pero que, paralelamente, ha generado

inéditas modalidades de concentración económica, nuestras naciones deben definir su futuro en el marco de una agenda que responda a las necesidades, posibilidades y desafíos que singularizan a nuestros países en el comienzo del siglo XXI (Consenso de Buenos Aires, 2003).

Otra parte de Sudamérica, a través de Venezuela, Cuba, Bolivia, Nicaragua y Ecuador, optó por conformar la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América –Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP, 2004)–. Luego vendrían la Unión de Naciones del Sur (UNASUR), integrada en 2008 por la Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Guyana, Paraguay, Perú, Surinam, Uruguay y Venezuela, y más adelante de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, 2010), con 33 países incluido México, que redondeó una inédita experiencia de cooperación política interregional. UNASUR, y después la CELAC, plantearon una alternativa regional a la Organización de Estados Americanos (OEA), que había sido a su vez una creación continental estadounidense bajo la consigna de “América para los americanos”, ahora desafiada desde el Sur. Todo no fue posible, como era de imaginar. Esos esfuerzos estratégicos fueron insuficientes para entrar con ventaja en las Cadenas Globales de Valor (CGV) que segmentaron y distribuyeron por toda la geografía del planeta el diseño, la manufactura y la comercialización de los bienes a través de muchas empresas y en distintos países. Como ocurriría con el ecosistema financiero, “los capitales” globales le disputaban el control a “las capitales” nacionales.

Con la expansión global de las CGV en los 2000, América Latina podría haber impulsado su propio tipo de industrialización, como hizo una parte de Asia y, especialmente, China (hoy explican la mitad de sus exportaciones), pero no terminó de dar ese salto. En ese sentido, las grandes economías latinoamericanas consiguieron una participación relativamente baja

en el proceso de esta explosión internacional del valor (Salama, 2017).

En cuanto a México, se concentró en actividades de ensamblaje, salvo sectores como el automotriz y ello gracias al impulso de grandes empresas multinacionales. Como socio de los Estados Unidos en el Tratado de libre Comercio (TLC o NAFTA), la apertura impactó poco en su crecimiento, el más débil entre los latinoamericanos desde los '90 hasta hoy (Salama, 2017).

3. El llamado del G20

Con la crisis de 2008, América Latina dejó al desnudo algunas vulnerabilidades estructurales que en esos pocos años de bonanza internacional no había podido resolver, pese al énfasis que muchos de sus países habían puesto en mantener sus equilibrios macroeconómicos y sus cuentas externas en orden. Entre 2003 y 2008, por ejemplo, la Argentina pasó de deber el 160% de su PIB menos del 50%, pero eso no sería suficiente (Fernández de Kirchner, 2008). Los términos de intercambio habían sido tan extraordinariamente favorables que, pese al menor endeudamiento externo y la acumulación de reservas el grueso de las políticas económicas adoptadas en la región habían continuado siendo procíclicas. Los gobiernos, confiados, acompañaron esa bonanza sin advertir del todo que llegaría a su fin desde el lugar y en el momento menos pensado. Todos coincidían en la necesidad de prevenirse después de las crisis de los '90, pero las estrategias nacionales no eran ni serían totalmente homogéneas, ya no sólo entre países del Pacífico y del Atlántico, sino incluso dentro mismo de los bloques como el MERCOSUR, por diferencias ideológicas e históricas. Entre los factores de diferenciación estaban el papel del Estado y su relación con el mercado, y luego la naturaleza y alcance de la inserción en la economía global (Rosenthal, 2010). Según el entonces gobierno argentino, por ejemplo, la crisis de 2008 era una oportunidad históri-

ca para revisar comportamientos y políticas, y demostraba tanto el acierto del giro progresista en América Latina como la conveniencia de la intervención del Estado en la articulación de los intereses del mercado:

Se nos dijo a los países de América del Sur, durante la vigencia del Consenso de Washington, que el mercado todo lo solucionaba, que el Estado no era necesario, que el intervencionismo estatal era nostalgias de grupos que no habían comprendido cómo había evolucionado la economía. Sin embargo, se produce la intervención estatal más formidable de la que se tenga memoria precisamente desde el lugar donde nos habían dicho que el Estado no era necesario, en el marco además de un fenomenal déficit fiscal y comercial (Fernández de Kirchner, 2008).

La crisis de 2008 no sólo repercutió profundamente en las economías y en el financiamiento, sino también en las ideas que podían guiar a la región frente al tremendo golpe que el paradigma imperante durante las últimas dos décadas de globalización había sufrido en el Norte desarrollado. Pronto hubo coincidencias, en particular sobre el sistema financiero multilateral y el pobre papel del FMI y las demás instituciones creadas en Bretton Woods. Las posiciones más radicales abogaban por suprimirlas, las más moderadas, por refundarlas. En la ONU, una comisión debatió sobre la creación de un Consejo de Coordinación Económica Mundial (Fernández de Kirchner, 2008). En ese contexto, la creación del G20 de líderes de Estado y de Gobierno, impulsada por la entonces administración Bush con el determinante respaldo de las grandes potencias de la Unión Europea (UE), significaba para muchos un claro reconocimiento de que las decisiones sobre la economía mundial carecían de legitimidad y eficacia si no participaban, también, los países emergentes. Brasil consideró que los emergentes, grandes potencias o medias, incluyendo los tres latinoamericanos, serían

vistos “inclusive por los eventuales críticos, como actores a los que les tocan crecientes responsabilidades y un papel cada vez más central en las decisiones que afectan los destinos del planeta” (Amorim, 2010). Pero otras naciones recibieron con recelo el surgimiento del G20, al que veían como un reciclado del viejo ordenamiento financiero internacional y del poder que los Estados Unidos y otras potencias habían ejercido sobre él durante las últimas décadas (Rosenthal, 2010).

Nuevamente Brasil, ahora asociado como pocas veces a México, jugó desde el comienzo un papel central en la transición hacia el G20. En medio de la crisis, Bush incluyó entre sus primeras llamadas al presidente Lula, quien poco antes había abordado el futuro del sistema multilateral ante la Asamblea de la ONU.

La naturaleza global de esta crisis implica que las soluciones que adoptemos deben ser también globales, y decididas en legítimos y creíbles foros multilaterales, sin imposiciones (...). Las instituciones económicas hoy en día no tienen la autoridad ni los instrumentos que necesitan para evitar la anarquía de la especulación. Debemos reconstruirlas sobre bases enteramente nuevas (Página 12, 2008).

En ese momento, las tres principales economías de América no terminaban de concertar del todo sus posiciones. Mientras la Argentina denostaba con fuerza ante la ONU la concepción neoliberal que se había transmitido e impuesto a través de las instituciones multilaterales, México se ponía en segundo plano y se ceñía a reivindicaciones generales: “El multilateralismo es el camino en el siglo XXI. Es la respuesta integral a la globalización” (Calderón Hinojosa, 2008). El G20 fue así una expresión de la crisis, “un directorio mundial *ad hoc*”, con Brasil, México y la Argentina incluidos en nombre de la región, y con una composición general más representativa que el G7 (García, 2010).

En 2012, cuando lo peor de la crisis parecía haberse instalado como un virus en la Unión Europea (UE), hasta hacer tambalear al euro como moneda común y con ello todo el proyecto comunitario, América Latina recibió por primera vez al G20, en Los Cabos (México). El entonces gobierno mexicano, sensible a las necesidades de los países más golpeados por la crisis de 2008, fijó como máxima prioridad de la cumbre renovar los consensos para asegurar la estabilidad económica, retomar el crecimiento, reactivar el comercio internacional y avanzar sobre la regulación financiera. Mientras tanto, en la oposición política mexicana se vio la evidente brecha de agenda con los otros dos miembros latinoamericanos del G20, la Argentina y Brasil, como una consecuencia de sus diferencias estructurales como economías nacionales, pero también de sus puntos de vista ideológicos. Según explicaba Rosario Green, por ejemplo, la diferencia de intereses y modelos de desarrollo constituía un “impedimento mayúsculo” para coordinar posiciones desde la premisa de la identidad regional:

Es imposible pasar por alto -escribía Green meses antes de la cumbre G20 de Los Cabos- las divergencias de diverso tipo que existen entre la Argentina, Brasil y México, de las cuales sobresalen las diferencias en el equilibrio entre el Estado y el mercado. Tanto la Argentina como Brasil han propiciado en la última década la configuración de procesos de desarrollo en los que el Estado ocupa un papel prioritario como ente coordinador de la actividad económica. Mientras tanto, la elite que define la política económica en México sigue ciniéndose al pie de la letra a las recetas del consenso neoliberal de los noventa (Green, 2002).

En Los Cabos también se debatieron asuntos que atravesaron desde siempre la relación Norte-Sur y que preocupaba a países desarrollados y emergentes por igual, como la volatilidad de precios de materias primas. Considerando el

perfil exportador de los tres países latinoamericanos del G20, el asunto de los precios de las materias primas –petróleo y alimentos– abría una puerta a la búsqueda de un consenso definitivamente latinoamericano. Sin embargo, esa posibilidad se diluyó en medio de presiones mayores, como la caída del comercio. Tampoco pudieron servir para buscar coincidencias en la troika latinoamericana cuestiones comunes como la desigualdad en toda la región; la lucha contra el lavado de dinero vinculado con el crimen organizado, en especial el narcotráfico. Los tres países coincidieron en respaldar las reformas en el Fondo Monetario y en el resto del sistema de crédito multilateral, pero el rol de los “fondos buitres” en la reestructuración de las deudas soberanas, por ejemplo, tan importante para la Argentina, tuvo que esperar hasta la cumbre del G20 en 2015.

El debate sobre la crisis fiscal y bancaria de Europa también dividió las aguas entre los que postulaban mayor protagonismo estatal, regulación financiera e incentivación de la demanda (la Argentina y Brasil), y los que proponían “austeridad”, apertura de las economías y liberalización comercial (México). El latigazo de la crisis llegó finalmente con toda su fuerza a América Latina en 2013, cuando llegó el fin de la bonanza extraordinaria, por la caída de los términos de intercambio, el freno a las exportaciones, los problemas de empleo, la pérdida del poder adquisitivo de los salarios y la salida de capitales hacia refugios todavía más seguros. Ni China aceleraba tanto, ni los Estados Unidos terminaba de arrancar, y la economía europea se hundía en la recesión víctima de las políticas de “austeridad”.

En la Cumbre de los BRICS que precedió a la del G20 de Turquía, en 2015, la entonces presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, hizo una de las últimas exposiciones optimistas de toda una generación de gobernantes progresistas sudamericanos sobre el rol de los emergentes en un sistema multilateral en transición, con

las ropas del viejo orden y el traje del nuevo mundo esperando.

Nuestros países están comprometidos a trabajar por la reducción de riesgos que la economía global sigue enfrentando. Por eso, vamos a acentuar nuestra coordinación en el G20, dando prioridad a asuntos importantes para los países en desarrollo, como las inversiones, la infraestructura, la volatilidad de los mercados, la necesidad de reformar las instituciones financieras y la lucha contra la pobreza y las desigualdades (Rousseff, 2015).

4. Juego de diferencias

Hoy día, la realidad se vuelve más compleja cuando la pensamos desde el Sur, entendido en general. Para empezar, la globalización alentó sustancialmente el intercambio económico, comercial y diplomático entre países y regiones periféricas. En ese contexto, se inscriben desde el establecimiento formal del bloque de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y, en menor medida, del bloque IBSA (India, Brasil, Sudáfrica), hasta el surgimiento de instancias financieras como el Nuevo Banco de Desarrollo (NBD) y múltiples acuerdos comerciales y políticos (entre nosotros, UNASUR y CELAC) y asociaciones como la Organización para la Cooperación de Shanghai (OCS, Rusia, China, India e Irán, entre otros).

Esa línea entera y continua que desde el siglo pasado dividía geopolíticamente el Norte del Sur se está tornando progresivamente punteada y, por lo tanto, permeable para los intercambios. A la vez, la línea se está replicando en varias, en muchas de ellas. Y ya no sólo horizontales, sino también verticales que atraviesan sinuosamente el globo y desafían el esquema estrictamente geográfico. Las relaciones de dominación y dependencia se diversifican.

El impulso anti europeísta que puso en marcha el Brexit en el Reino Unido –hasta amenazar la estabilidad misma del proyecto

común de la Unión Europea— y el brote aislacionista que se apoderó de la Casa Blanca con la llegada de Trump le sumaron confusión desde el Norte a este nuevo mapa global. ¿Cómo explicar que los Estados Unidos desconozca el orden de libre comercio que apadrinó desde la posguerra, se enrede en amargas disputas con aliados históricos como Francia, Alemania o Canadá, o detone el consenso del G7 para reivindicar a la Rusia que invadió Ucrania como actor imprescindible de ese Norte desarrollado?

Simultáneamente, aquéllas iniciativas Sur-Sur que un grupo de países en desarrollo habían protagonizado décadas atrás abarcan ahora protagonistas todavía más diversos, en términos políticos y económicos nacionales, y también en distintas condiciones de dependencia. Hay potencias emergentes, hay potencias medias y en ascenso, y hay naciones pequeñas, en un mundo en el que se borroñean los liderazgos internacionales y que algunos han dado en llamar, en contraste con el G20 y el G7, el G Cero (G0). Esto hace que, si bien las posibilidades de cooperación entre países de la tradicional periferia formada en el siglo XX sigan abiertas e incluso puedan resultar más ricas, la posibilidad de emerger aumente la posibilidad de que las naciones se diferencien y hasta se contrapongan sus intereses individuales alejando la opción de abroquelarse para fortalecer una agenda como subdesarrollados. Como sintetizó un autor argentino, “la desunión latinoamericana es, más que cualquier otra cosa, una suma de primarizaciones nacionales (...). En un contexto de estancamiento de los procesos de integración, con estructuras productivas primarizadas, sin liderazgos nítidos y huérfanos de modelos, los países de la región caminan sueltos” (Natan-son, 2018).

En 2015, la región asistió al fin de un “doble *boom*” de largos años, el de los *commodities* y el de crédito accesible, por no decir barato. Brasil pasó de conquistar el *investment grade*

de las calificadoras a entrar en una aguda recesión (3,8% en 2015 y 3,6% en 2016), la peor entre las principales economías del mundo (Actis, 2017). Chile y Bolivia llevaron mejor el final de la gran bonanza, con macroeconomías ordenadas y políticas contracíclicas después del 2008 y sirviéndose de la disponibilidad de capital barato. Ambos países lograron desde 2013, al menos un crecimiento económico débil (22). El desgaste político, expresado en términos electorales (la Argentina, Chile, Ecuador e incluso Uruguay) o por vía judicial de tenor golpista (Brasil) o de resistencia civil (Venezuela), resquebrajó aquel bloque progresista que miraba al mundo desde el Sur con criterio propio y común.

América Latina, desde 2015, vio llegar al poder a algunas fuerzas políticas que aceptan ver el mundo desde la perspectiva del centro, a la que imaginan más eficiente (hasta hoy no se ha demostrado) aunque de ello resulte una posición más dócil y vulnerable para la periferia en la que permanece América Latina.

Entrados en 2018, mientras la situación política y económica en Brasil tras la destitución de Rousseff sigue muy inestable, México mantiene abierto el conflicto migratorio y comercial con los Estados Unidos en un año electoral, en la Argentina una dogmática apertura financiera decidió al gobierno de Mauricio Macri a regresar al país varias décadas atrás recurriendo a un millonario salvataje del FMI. Con la pésima reputación que se había hecho el organismo financiero en la región, podría decirse que fue el gobierno argentino el que rescató al FMI de entre el destartado orden heredado de los acuerdos de Bretton Woods.

Mientras México trata de resolver su situación en el TLC-NAFTA con los Estados Unidos y Canadá, dos países centrales, el MERCOSUR negocia el postergado acuerdo de libre comercio, inversiones y patentes con la Unión Europea. Y, desde 2005, Chile, Perú, Colombia y México “conservaron políticas más cercanas al ideario neoliberal y prioriza-

ron la negociación de un TLC con los Estados Unidos y un acercamiento a su política externa” (Frenkel & Comini, 2017).

Después del “regionalismo autonómico” que primó en las concepciones dominantes en la CEPAL durante los ’60 y ’70, y del “regionalismo abierto” que promovió a continuación el Consenso de Washington en los ’80 y ’90, los proyectos económicos en América Latina habían recuperado en los 2000 la inspiración cepalina. Hoy la región retrocede dos décadas, obsesionado por atraer capitales y potenciar la exportación de *commodities*. Brasil impone una gran flexibilización de su mercado laboral, la Argentina vuelve a endeudarse sin poder crecer y México vive pendiente de que los Estados Unidos, a donde destina el 80 por ciento de sus exportaciones, mantenga, rompa o empeore su sociedad comercial en el TLC. Pueden mencionarse varios casos de un fuerte pragmatismo en esta parte del Sur, como Chile y Perú, que firmaron TLCs con los Estados Unidos y se sumaron al Acuerdo del Transpacífico (TPP, sus siglas en inglés). Cuando la administración Trump se retiró del TPP, Chile y Perú buscaron uno similar con China, con el que ya tienen firmados TLCs. Y todo ello sin dejar de participar de la UNASUR o de la CELAC (Frenkel & Comini, 2017).

El caso de México es singular porque fue considerado un país en desarrollo clave para el sistema multilateral en el G13, hasta la creación del G20. Su protagonismo se mantuvo, pero ni conectó prioritariamente con Sudamérica, ni quedó integrada en los grandes emergentes del BRICS, como Brasil. Eso explica, en parte, que desde Los Cabos el país azteca haya abierto una nueva opción de protagonismo multilateral que abarca cuatro continentes, con Indonesia, Corea del Sur (Korea), Turquía y Australia, con los que en 2012 formó el Grupo MIKTA, que ya mantuvo una docena de cumbres de cancilleres.

Somos economías democráticas y emergentes del G20 a favor del libre comercio que participan en el proceso de globalización. Cada uno de ellos tiene su propia voz y peso regional (...) Somos países que quizás no hemos desarrollado entre nosotros suficientes vínculos económicos de oportunidades de inversión, como podríamos tener en función de nuestros tamaños, pero en el marco del G20 o de la ONU podemos compartir ideas e intercambiar opiniones, y podemos aprovechar ese foro para construir mayores vínculos multilaterales (de Icaza, 2014).

En 2016, desde la región del Atlántico, el presidente Macri sumó a la Argentina a la lista de países observadores de la Alianza del Pacífico (AP) que México integra con Chile, Colombia y Perú, a la vez que confirmaba la política de atraer capitales de inversión chinos para financiar y emprender grandes obras de infraestructura en la Patagonia y otras regiones del país.

5. El amigo chino

En el escenario comercial actual, los intereses se han diversificado a nivel global más allá de las categorías de naciones desarrolladas, en desarrollo o pobres, lo cual complica las mismas alianzas por el desarrollo que hace medio siglo fluían más rápida y casi naturalmente. Así, no necesariamente conviene a todos los periféricos el aumento del precio de algunos *commodities*. Unos los exportan, desde América Latina, por ejemplo, donde se celebra cada aumento de la tonelada de granos y cereales, pero otros no tienen más remedio que importarlos y padecen cada alza del mercado. Estos cambios y dilemas se extienden a cuestiones ideológicas. En ese sentido, potencias emergentes como China, India y Brasil han dejado sentada su posición en favor del libre comercio, antes caballo exclusivo de batalla de las potencias del Norte que esgrimieron el discurso para colocar su producción exportable. Esto es posible porque, en su transformación

de la forma de producir y comerciar –resumida en la formación de Cadenas Globales de Valor– aquel único centro se está reproduciendo en varios centros, dispersos y de menor escala, a través de nuevas potencias emergentes. Éstas, a su vez, generan en su derredor geográfico, e incluso más allá, las condiciones para crear sus propias periferias, por ahora, sólo económicas (China, en primer lugar, pero también India e incluso Brasil).

La globalización relativiza las distancias geográficas que, históricamente, favorecieron la influencia de los Estados Unidos y acerca a protagonistas como China. Como gran potencia en ascenso del siglo XXI, la China de hoy está ahí para confirmar que América Latina seguirá, al menos por un tiempo, entre los “*rule takers*”, los que siguen las reglas, y no entre los “*rule makers*”, los que las imponen. El gigante asiático ha recorrido en nuestra región un camino estrictamente económico, primero en su variante básica del intercambio comercial, y desde hace algunos años en la financiación y construcción de grandes infraestructuras que mejoren las condiciones en las que América Latina produce sus principales materias primas, los alimentos y la energía que necesita, precisamente, China. China ya es el principal o segundo socio comercial de la mayoría de los países sudamericanos, proyecta un intercambio de 500 mil millones de dólares con la región en la próxima década e inversiones recíprocas de 250 mil millones en energía y grandes infraestructuras regionales, desde represas a accesos fluviales y corredores bioceánicos (Argüello, 2017).

La región forma parte de un tablero más grande en el que juegan los líderes chinos y que incluye la Nueva Ruta de la Seda (*Belt and Road*, en inglés), para unirse por tierra a Europa a través de Asia Central (incluida Rusia) y llegar hasta África y el Viejo Continente por mar. Un emprendimiento que involucra a 65 países de tres continentes, que representan el 60% de la población del planeta y alrededor

de un tercio del PIB mundial (AFP, 2018). A su vez, en el proceso de reprimarización de la economía regional, alentado por la misma demanda china, el cuidadoso *approach* de Beijing hacia América Latina, en contraste con el pasado intervencionista de los Estados Unidos, “esconde el fantasma de una nueva dependencia” (Malamud, 2016).

México, más en la órbita de los Estados Unidos que ningún otro en la región, ya le abrió su mercado automotriz a la vigorosa industria china del sector y quebró el monopolio de la estatal Pemex sobre los recursos petroleros mexicanos para recibir las primeras inversiones del gigante asiático también en ese terreno estratégico.

A mediados de 2017, la Argentina acordó 15.000 millones de dólares de cooperación económica con China, además del compromiso de encarar la construcción de una central nuclear por otros 14 mil millones, de los cuales 85% serían financiados por los bancos chinos (Télam, 2017).

Como parte de esta nueva galaxia de centros, China tiene la particularidad de que el Estado es el que determina las relaciones comerciales y financieras, como explicó Aldo Ferrer (2015). Bajo su régimen político cerrado, “el gobierno chino tiene un poder negociador mayor al que nunca tuvieron las antiguas potencias industriales”. En 2017, la economía china creció 6,9%, al triple del ritmo de la Unión Europea (Ferrer, 2015). Entonces, de un lado, los países latinoamericanos persiguen la colocación de sus productos primarios. De otro, China ofrece proyectos de inversión, infraestructura, bienes industriales y servicios. La creación por los BRICS del Nuevo Banco de Desarrollo (NBD), desde 2015, una incipiente competencia directa del FMI y del BM, será un elemento clave en ese juego. Con Ferrer, hay que preguntarse por cuánto tiempo América Latina se conformará con seguir proveyendo materias primas, característica central de países de las viejas y nuevas periferias, en

lugar de persistir en la búsqueda de unas economías industriales integradas y abiertas, que se relacionen con el mundo de otro modo.

6. La tentación emergente

Fuere una fachada de las potencias del Norte tradicional para contener a sus rivales emergentes, o una auténtica instancia de consenso, el Grupo de los 20 –ya desde su creación como foro ministerial pero especialmente en su formato de cumbres de líderes– resultó un primer síntoma de ese cambio en las relaciones globales. Incluyendo el nuevo protagonismo de potencias medias (Brasil y México; Nigeria y Sudáfrica; India, Turquía e Indonesia), todo fue enmarcado en lo que algunos han dado en llamar, sin más, “el ascenso del Resto”. Así, China y Brasil impusieron el viejo reclamo del Movimiento de los No Alineados (MNOA) de comenzar a reformar las estructuras internas y algunos postulados del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Sin embargo, en las negociaciones sobre la nueva distribución de cuotas y autoridades las dos naciones jugaron sus propias bazas respecto del resto de los emergentes, y a la vez, en tanto potencias ascendentes, procuraron cuidar su relación con los Estados Unidos. Por eso, vale preguntarse si esas naciones emergentes, puestas en el rol de nuevas potencias, querrán todavía transformar el sistema de relaciones globales que se denunciaba desde el Sur en los ’60, o si, en cambio, se conforman con reformarlo sin ambiciones inmediatas de desafiar a las tradicionales potencias del Norte.

Los emergentes son también la prueba del principal cambio de escenario global en el que pensar una nueva relación conceptual Sur-Sur, entre subdesarrollados y emergentes. Han transformado la geografía económica del planeta y han volcado la distribución del PIB global hacia el Sur y, en especial, hacia el Oriente. En un mundo productivo dominado por Cadenas Globales de Valor que relativizan los poderíos nacionales, incluso en el Norte,

los emergentes son una buena demostración de que, ahora, aquellas líneas imaginarias con las que dividimos el planeta en Norte y Sur durante el siglo pasado se han borronado y muchas de ellas se proyectan de manera superpuesta y cruzada.

Si el mundo tiene ahora varios centros, ¿por qué habría de haber una sola periferia? ¿Por qué deberíamos considerar la existencia simple de un solo y único Sur, en lugar de asumir la nueva y compleja existencia de varios “Sures”, a veces convergentes, a veces contrapuestos? ¿Cómo sostener aquellos ideales de justicia planetaria y solidaridad en este nuevo y fragmentado escenario?

Conclusiones: ideas e intereses

El desafío desde nuestra región y otras, entonces, es ahora cómo articular nuestros diversos intereses desde este nuevo, más diverso y más complejo Sur, sin perder ni la idea ni los principios que despertaron su conciencia en los años 70. ¿Para qué, con qué objetivos históricos, frente a qué Norte: el que siempre representó los Estados Unidos, el que terminó de conformar la Unión Europea como bloque, o China?

Ciertamente, la cooperación propuesta desde el Norte hacia el Sur siempre se diferenció de la Sur-Sur, tanto en las ideas que la inspiraron, como en sus intereses, claramente divergentes. Pero hoy, en un contexto global distinto y diverso, la mayor potencia europea y una de las más influyentes del mundo, Alemania, invita con entusiasmo desde el G20 a cooperar con el desarrollo de África, allí donde se forjó el sentimiento anticolonialista que sustentó la primigenia idea del Sur y de los No Alineados. Y los Estados Unidos, como se dijo, choca frontalmente con las potencias del G7 en defensa de Rusia.

¿Hay razones para temer un proceso neocolonialista en un continente como África, esta vez compartido con países de la antigua periferia, específicamente protagonizado por

una potencia emergente como China? ¿Cómo sería concebida desde el Sur periférico, en ese caso, una auténtica cooperación Sur-Sur para el desarrollo? ¿Qué sentido estricto tiene mantener el concepto más clásico de Norte-Sur ante asuntos de causas, implicaciones y consecuencias globales como las migraciones y el cambio climático? La experiencia de su década como cumbre de líderes ha enseñado que el G20 es una mesa de intereses central para dirimir esas y otras cuestiones de manera alternativa al multilateralismo tradicional que todavía representan las Naciones Unidas desde la posguerra.

El nuevo Sur ha jugado –con resultado dispar– y juega actualmente ahí algunas partidas, muchas pendientes y de difícil pronóstico de triunfo. Pero también se tejen muchas alianzas cruzadas, que protagonizan potencias desarrolladas y emergentes, en desmedro del nuevo resto de los países. Al respecto, el Sur afronta no sólo el riesgo de replicar los defectos del modelo neoliberal pergeñado en el Norte, sino además el de terminar recreando sus propias periferias, por las relaciones desiguales y dependientes entre potencias emergentes o regionales y antiguos compañeros de ruta todavía muy en desventaja. De todos modos, en un mundo en el que el 1 por ciento acumulará en 2030 las dos terceras partes de la riqueza global, la idea originaria, fundacional, esencial con la que se identificó el Sur, la de conquistar la mayor igualdad de desarrollo posible en todos los planos y a lo largo de todo el planeta, sigue en pie y más viva que nunca (*The Guardian*, 2018).

En un contexto global tan cambiante, el futuro de la cooperación entre los países de las periferias dependerá de un fenomenal equilibrio entre la decisión de mantener vigente la idea esencial que impulsó el primitivo Sur y el sensible desafío de adecuar los intereses en juego de nuestras naciones soberanas como tal.

Referencias bibliográficas

- Actis, E. (diciembre de 2017). América Latina y su contexto externo. *Nueva Sociedad* (M. Schuster, Ed.) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Recuperado el 06 de 09 de 2018. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/americ-latina-y-su-contexto-externo/>
- AFP. (10 de enero de 2018). El Espectador. *Las nuevas rutas de la seda, el ambicioso proyecto de infraestructura de China*. (E. Espectador, Ed.) Bogotá, Colombia. Recuperado el 06 de 09 de 2018. Disponible en: <https://www.elespectador.com/economia/las-nuevas-rutas-de-la-seda-el-ambicioso-proyecto-de-infraestructuras-de-china-articulo-732582>
- Amorín, C. (13 de septiembre de 2010). Un Nuevo Mapa del Mundo. *El País*.
- Arbilla, J., & Galperín, C. (octubre de 2014). Los obstáculos técnicos al comercio en las negociaciones Sur-Sur. *Revista Argentina de Economía Internacional*. (3), 93-115.
- Argüello, J. (4 de agosto de 2017). El factor chino en la nueva era del G20. *El Economista*.
- Calderón Hinojosa, F. (24 de septiembre de 2008). *Carta Política*. Recuperado el 16 de junio de 2018. Disponible en: <http://www.cartapolitica.org/webanterior/discurso%20calderon%20ONU.pdf>
- Fernández de Kirchner, C. (23 de septiembre de 2008). *CFKArgentina*. Recuperado el 16 de junio de 2018. Disponible en: <https://www.cfkargentina.com/mensaje-de-cristina-a-la-asamblea-general-de-la-onu-2008/>
- Ferrer, A. (22 de marzo de 2015). La construcción... . *Página 12*.
- Fischer, K. (2012). *North-South relations*. Obtenido de Universität Bielefeld - InterAmerican Wiki. Disponible en: www.uni-bielefeld.de/cias/wiki/n_North-South_Relations.html
- Frenkel, A., & Comini, N. (septiembre-octubre de 2017). La política internacional de América Latina: más atomización que convergencia (M. Schuster, Ed.). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina: *Nue-*

- va Sociedad. Recuperado el 06 de 09 de 2018. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/lapolitica-internacional-de-america-latina-masatomizacion-que-convergencia/>
- García, M. A. (17 de noviembre de 2010). *Entrevista con Marco Aurelio Garcia* (A. M. Sur, Entrevistador).
- Globo. (16 de 11 de 2015). *Brasilia, Brasil: G1*. Recuperado el 06 de 09 de 2018. Disponible en: <http://g1.globo.com/mundo/noticia/2015/11/dilma-se-reune-com-chefes-de-estado-do-brics-durante-cupula-do-g20.html>
- Green, R. (febrero de 2002). La presidencia mexicana del G20. *Análisis Político*.
- Kirchner, N. C. & da Silva, L. I. (2003). *Consenso de Buenos Aires*. Recuperado el 06 de 09 de 2018 de Instituto de Integreación Latinoamericana. Disponible en: <http://www.iil.jursoc.unlp.edu.ar/sitio/index.php/using-joomla/extensions/components/content-component/article-category-list/50-actualizadores>
- Malamud, A. (noviembre-diciembre de 2016). *El malentendido latinoamericano*. (M. Schuster, Ed.) Recuperado el 06 de 09 de 2018. *Nueva Sociedad*. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/el-malentendido-latinoamericano/>
- Natanson, J. (2 de febrero de 2018). La integración es un elefante blanco. *El Dipló*.
- Ocampo, J. (abril de 2009). La crisis mundial y su impacto sobre América Latina. *CEPAL*. (97), 9-32.
- Página 12. (24 de septiembre de 2008). Bush, Lula y Sarko en la ONU. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. *Página 12*. Recuperado el 06 de 09 de 2018. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-112121-2008-09-24.html>
- Rapoport, M. y Kan, J. (febrero de 2017). Un proceso de desintegración. Arduo pasado y dudoso futuro de las uniones regionales (212). (J. Natanson, Ed.) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. *Le Monde Diplomatique*. Recuperado el 06 de 09 de 2018. Disponible en: <https://www.eldiplo.org/212-la-des-integracion-de-america-latina/un-proceso-de-desintegracion/>
- Rosenthal, G. (abril de 2010). La crisis financiera y económica de 2008 y su repercusión en el pensamiento económico. *Revista CEPAL*. (100), 29-39. Recuperado el 06 de 09 de 2018. Disponible en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/11352/100029039_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Salama, P. (septiembre-octubre de 2017). Menos globalización: ¿marginación u oportunidad para América Latina? (M. Schuster, Ed.) Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Nueva Sociedad. Recuperado el 09 de 06 de 2018. Disponible en: <http://nuso.org/acerca-de-nueva-sociedad/>
- Tèlam*. (20 de mayo de 2017). Macri regresó con promesa de inversiones. *Tèlam*.
- The Guardian*. (7 de abril de 2018). Richest 1% on target to own two-thirds of all wealth by 2030. *The Guardian*.
- Trejo, J. E., & Camhaji, E. (25 de agosto de 2014). México, del MIKTA al G20. (G. R. Valenzuela, Ed.) Ciudad de México, México: *Foreign Affairs Latinoamérica*. Recuperado el 06 de 09 de 2018. Disponible en: <http://revistafal.com/mexico-del-mikta-al-g-20/#>

Para citar este Artículo de investigación:

Argüello, J. (2018). Las alianzas abiertas de América Latina. *Revista Estado y Políticas Públicas*. Año VI, Núm. 11, 21-35.